

**REVISTA CIDOB d'AFERS
INTERNACIONALS 38-39.**

**La seguridad europea: Diálogos para
el siglo XXI.**

¿Existe una coherencia estratégica entre los países del Sur?
Miguel Alonso Baquer

¿Existe una coherencia estratégica entre los países del Sur?

*Miguel Alonso Baquer

Estrategia es, en primera instancia, el arte de concebir planes de operaciones coherentes con la finalidad política de una comunidad de hombres libres y, en segunda instancia, estrategia es el arte de conducir la fuerza armada hacia los objetivos que se consideran decisivos.

Aceptando que la definición que, aquí y ahora, nos conviene se limita al arte de concebir planes de operaciones por parte de los Gobiernos de los países del sur del Mediterráneo Occidental, cabe contestar a la pregunta planteada en los siguientes términos:

“No existe un notable grado de coherencia entre las estrategias de los países del sur del Mediterráneo o países del Magreb”.

La falta de coherencia procede de la disparidad de sus políticas de defensa y, a su vez, esta evidente disparidad tiene su causa en la política general a la que se atienen constitutivamente Libia, Túnez, Argelia, Marruecos y Mauritania.

Esta observación no oculta la posibilidad misma de la existencia de elementos de las cinco estrategias que pueden considerarse comunes.

Las cinco estrategias dedican algún esfuerzo a favor de la autonomía de sus capacidades de resistencia a la penetración en sus pueblos de los valores de Occidente, en concreto, a las políticas de modernización que no toman en cuenta la especificidad del Magreb (en conjunto) y de Libia, Argelia, Túnez, Marruecos y Mauritania (en particular).

La resistencia a la penetración de los valores occidentales de cuño europeo es muy fuerte en Libia y en Argelia, muy débil en Mauritania y alcanza un nivel intermedio alto en Túnez, y bajo en Marruecos. Pero no puede hablarse de la vigencia de planes de operaciones de carácter ofensivo hacia el Norte dotados de suficiente proyección de poder militar.

Las políticas de defensa de las cinco naciones están polarizadas hacia la estabilidad interna. Aunque se lograra tener en un plazo de 10 años una coherencia muy superior a la actual y se alumbrara una estrategia magrebí debidamente combinada, seguiría siendo una estrategia al servicio de la estabilidad interior.

El único problema pendiente, en términos militares, consiste en orientar estas cinco estrategias (actualmente introvertidas e insolidarias) hacia un concepto regional de estabilidad que pudiera ser compartido por las potencias europeas del escenario, particularmente, Italia, Francia y España.

LA DISPARIDAD DE LAS CINCO POTENCIAS DE DEFENSA MAGREBÍES

El logro de la estabilidad, en todos y cada uno de los países ribereños del Mediterráneo, es uno de los objetivos de la política de seguridad y defensa de la nación española. Ahora bien, la estabilidad, referida al *Mediterráneo Oriental*, en las tres últimas décadas ha venido implicando a múltiples potencias del más variado signo. Actualmente, están siendo activados en su entorno más de un proceso de paz, entre los que destacan: a) el que consideramos adecuado al conflicto árabe-israelí en el Próximo Oriente y b) el característico del conflicto bosnio-serbo-croata en los Balcanes. En cambio, la estabilidad referida al *Mediterráneo Occidental* ha concitado a un número menor de actores internacionales. Los conflictos propios de esta zona parecen menos complejos. Pero desde España son percibidos como más cercanos y como mejor ajustados al alcance de nuestra capacidad de actuación.

Particularmente, España desea y fomenta con diferentes medidas de confianza el mantenimiento de relaciones cordiales y constructivas con todos y cada uno de los cinco Estados soberanos que constituyen el llamado *Gran Magreb*. Y es de estas relaciones, preferentes o prioritarias, de lo que vamos a ocuparnos en estas reflexiones.

La denominación *Gran Magreb* toma conciencia de un fenómeno tanto histórico como geográfico. Se refiere a la localización en el norte de África de una isla islámica que se comporta, de hecho, como el núcleo más occidental del espacio dominado antaño por los primeros conquistadores mahometanos.

La gran isla islámica del *Magreb*, limita al norte con el Mediterráneo Occidental y al sur con lo que suele denominarse “Sahel” o zona de penetración en el desierto. Geográficamente posee una notable unidad que, en lo político, se proyecta necesariamente hacia el Norte. Por su posición en el mapa se puede predecir que entrará, bien en conflicto, bien en cooperación, con todos los pueblos de condición europea que tengan intereses en la libre circulación por las aguas comprendidas entre el estrecho de Gibraltar y el estrecho de Sicilia.

En los tiempos actuales pueden diferenciarse un Magreb central y dos Magreb periféricos. El Magreb central lo constituye Marruecos, Argelia y Túnez. En las costas atlánticas hay un Magreb periférico, Mauritania, y en las costas mediterráneas otro Magreb periférico, Libia.

EL MANTENIMIENTO DE RELACIONES CORDIALES Y CONSTRUCTIVAS CON EUROPA

Tres naciones europeas han venido practicando, en los tiempos modernos, una política de influencias sobre la totalidad del Magreb: Italia, Francia y España.

España ha sostenido, enclavadas en el Magreb desde hace más de cuatro siglos, dos ciudades, Ceuta y Melilla. Ya en el siglo XX, alterando un comportamiento histórico que venía siendo ajeno al ideal de penetración tierra adentro, ha compartido con Francia el protectorado sobre Marruecos en virtud de acuerdos internacionales. La presencia española en África Occidental –Sáhara e Ifni–, aunque dispone de lejanos antecedentes, guarda alguna analogía con la presencia francesa en otra tierra de moros, en Mauritania. En realidad se trataba de un espacio africano que gravitaba más hacia las Islas Canarias que hacia el Mediterráneo.

Francia, desde 1830 como fecha emblemática, había practicado una política de asentamiento de población en Mauritania, Marruecos, Argelia y Túnez. El final del proceso –un proceso en el que agentes magrebíes participaban activamente en las vicisitudes de la historia de Francia– puede considerarse ligado al conflicto de la V República por el general De Gaulle.

Italia se ha proyectado durante más de nueve décadas sobre Libia. Las circunstancias dolorosas de la Segunda Guerra Mundial cierran en corto plazo la presencia política de Italia en Libia como potencia administradora, aunque se intentará con algún éxito, sostener una red de intereses comerciales a partir de su independencia.

Las tres naciones europeas, España, Francia e Italia, están igualmente interesadas en la estabilidad política del conjunto magrebí. A las tres les preocupa cualquier sombra de crecimiento de la hostilidad entre sus cinco naciones. Y les preocupa, también, que un poder hegemónico, venido desde fuera de la zona, pudiera forzar en su beneficio la unidad del *Gran Magreb* y alcanzara a imprimir una orientación contraria a los intereses de Occidente. Lo deseable para las tres naciones europeas es que los cinco Estados del Magreb superen hábilmente las crisis sociales y económicas internas y fortalezcan, por decisión propia, los lazos comerciales con España, Francia e Italia.

LAS TRES ZONAS DE INFLUENCIA

EUROPEA EN EL MAGREB

Los cinco Estados del *Gran Magreb* son de población musulmana, pero tienen regímenes políticos diferentes. Mauritania –percibida desde la posición española y por españoles– está siendo gobernada por un régimen militar; Marruecos, por una monarquía formalmente democrática y de hecho autoritaria; Argelia, es todavía una república de partido único; Túnez se está encaminando con cautela hacia una democracia vigilada y Libia mantiene un régimen autoritario de tipo cesariano, es decir, un poder absoluto personalizado en un solo hombre.

Las diferencias de régimen político se corresponden con diferencias internas muy acusadas. No se pueden considerar homólogos a los partidos políticos ni a las corrientes de opinión pública. Sólo cabe constatar que las minorías cultas—cualquiera que sea su modo de identificarse culturalmente— existen pluralizadas en los cinco Estados.

Las minorías cultas del *Gran Magreb* están polarizadas en tres direcciones: una (residual) retiene la nostalgia de la ideología marxista-leninista; otra (vigente en precario) espera alguna forma de modernización de cuño occidental y una tercera (exaltada o irritada) predica el retorno a los fundamentos del Islam. Estas minorías cultas, en la totalidad del Magreb central, están muy influidas por la cultura francesa. En Mauritania y en Libia tienden a fortalecerse tras las huellas indelebles de lo islámico. La huella hispánica –en paralelo formal con la italiana en Libia– parece sólida, únicamente, en las comarcas del Rif y de la Yebala al norte de Marruecos. En Ifni-Sahara pervive esta huella en el horizonte de una pretensión autonómica que no ha podido materializarse en términos de soberanía política.

LOS CINCO REGÍMENES POLÍTICOS DEL MAGREB

La influencia del fundamentalismo islámico –el retorno a la pureza absoluta en la ampliación de las normas de los textos sagrados– es notable, cualquiera que sea su actual peso político a partir de un círculo que tiene su epicentro entre Túnez, Argelia y Libia.

La aportación de España, Francia e Italia, en términos culturales mejor que políticos, resulta hostil o reticente cara al crecimiento del fundamentalismo, integrista o islamismo, y resulta favorable respecto a una práctica serena de los mandamientos de aquella religión. Desde estas tres naciones, los expertos suelen manifestar un cierto temor a que el creciente desarrollo del laicismo occidental en los programas de los Gobiernos, lejos de aminorar la tensión, favorezca por reacción popular el apoyo electoral a los partidos fundamentalistas desde las bases sociales.

En la vida económica de la totalidad del Magreb central, –los Magreb periféricos son demasiado diferentes entre sí– Francia disfruta de una posición privilegiada que España –y más aún Italia– le disputan, siempre según las normas de comercio internacional, queriendo incrementar, a través del estrecho de Gibraltar, –e Italia a través del estrecho de Sicilia– la circulación de bienes y servicios. Pero lo más significativo es que las dos terceras partes de la actividad económica de los países del Magreb se dirigen a Europa y que sólo el 3% circula de país del Magreb a país del Magreb. El resto –un 30%– se queda a cargo del mercado interior de cada uno de los cinco países.

La atención española –de las élites reformistas españolas– hacia los problemas del Magreb es bastante antigua. A finales del siglo XIX, tras una experiencia bélica de breve duración (1859-1860), los políticos españoles renunciaron a una presencia militar con intencionalidad de expansión política. La diplomacia hispana hizo lo posible para que ni Francia, ni Inglaterra, ni Alemania se propusieran influir en demasía o –en caso extremo– aspiraran a arrebatar fragmentos de soberanía a los poderes del Islam sobre el norte de África. Pero no se pudo evitar un cierto reparto de zonas de influencia que desembocó al final de la Gran Guerra, en 1918, en la expulsión de los intereses alemanes y en el predominio de Francia. La tolerancia europea a la presencia italiana en la periferia libia del Magreb se corresponde a la obtención para España de una participación en el Protectorado de Marruecos. España hubo de librar entre 1909 y 1928 la llamada Guerra del Rif para cumplir sus compromisos de pacificación en este territorio.

Desde 1928, –cumplidas las etapas de una pacificación– España practicó una política de creciente amistad con todos los países árabes del área mediterránea. Esta política, compartida por varios regímenes, permitió resolver sin daños mayores la retirada española del protectorado marroquí, la llamada “retrocesión” del enclave de Ifni y un repliegue pactado de la Administración del Sáhara Occidental. No se puso en cuestión la presencia de España en Ceuta y Melilla, porque es cuatro siglos anterior al establecimiento en Rabat... o en Fez de la soberanía de la actual monarquía alauita.

No se olvida en España que la presencia británica en el peñón de Gibraltar viene desde el año 1704. Y conviene recordar que todas las crisis internacionales, padecidas por las potencias europeas desde 1704 hasta la década actual de los noventa, han tenido como factor común que ni España, ni Marruecos han perturbado el tránsito internacional por el estrecho de Gibraltar. Esta ha sido la más notoria aportación de España y de Marruecos a la estabilidad en el Mediterráneo.

LAS ÚLTIMAS ETAPAS AL SERVICIO DE LA PACIFICACIÓN

En la década más reciente de nuestras respectivas historias –las historias de los países ribereños del Mediterráneo Occidental– se han producido en el espacio del *Gran Magreb* algunos acontecimientos de notable interés para la estabilidad de este conjunto regional, que conviene recordar en estos momentos:

La percepción española de la situación es de preocupación, sobre todo, con respecto a las crisis de sucesión en el poder y los riesgos de derrocamiento de alguna autoridad establecida porque son estas coyunturas, de carácter aparentemente interno, las más propicias para la sorpresa y las más vulnerables a la injerencia procedente de fuera de las fronteras nacionales de los cinco países del Magreb.

En su día, –trienio 1987-1990– en España se percibió una mayor preocupación por los siguientes acontecimientos políticos del Magreb:

-El derrocamiento en Túnez el 7 de noviembre de 1987 de un líder carismático, Bourguiba.

-La apertura de buenas relaciones entre los líderes de Túnez y Argelia, Ben Alí y Gadafi, el 29 de diciembre de 1987.

-La reconciliación aparente entre los líderes de Marruecos y Argelia, Hassan y Chadli Benyedid el 16 de mayo de 1988.

-La intervención del secretario general de las Naciones Unidas, Pérez de Cuellar, en el conflicto entre Marruecos y el Frente Polisario, el 15 de julio de 1988.

-La denuncia marroquí de cinco de los puntos del plan de paz de Pérez de Cuellar el 16 de octubre de 1988.

-El derribo, quizás accidental, de un avión norteamericano a causa de un disparo procedente del Frente Polisario el 8 de diciembre de este mismo año.

Naturalmente que, con posterioridad a ese trienio 1987-1990, la atención española se ha centrado en Argelia. Pero lo más significativo ha sido el evidente progreso diplo-

mático en medidas de confianza que tienen, incluso, un componente militar. Ni que decir tiene que los dos acontecimientos básicos sobre el cambio de perspectiva han tenido su sede en Madrid (mayo de 1992), en relación con la paz en el Próximo Oriente, y en Barcelona en relación con la política mediterránea de la Unión Europea (octubre de 1995).

LOS ACONTECIMIENTOS DE LA DÉCADA FINAL DEL SEGUNDO MILENIO

En la actualidad, los riesgos de inestabilidad, con el origen localizado en alguno de los cinco países del Magreb, no inspiran graves preocupaciones; pero sí una inequívoca voluntad de favorecimiento del desarrollo político, económico y social, que comparten Italia, Francia y España. Se trata, en definitiva, de mostrar que ha habido un cambio de actitud donde se subraya la igualdad entre los pueblos y la confianza entre los Gobiernos mucho más que los intereses de Europa o que la obsesión por la seguridad de la población europea.

En síntesis, podemos decir que el análisis de los comportamientos electorales, sobre todo en Marruecos, Argelia y Túnez en las convocatorias azarosas de la década de los noventa, hace pensar que en el año 2000 ya se habrá producido la apertura de un período de fortalecimiento en estos tres países de su propia identidad, al lado de sus vecinos; que ya se habrá acelerado la búsqueda de nuevos compromisos en las viejas cuestiones fronterizas, que todavía les distancian, y que ya serán frecuentes los gestos amistosos de independencia política de cada uno de ellos.

PROSPECTIVA DE LA ESTABILIDAD MEDITERRÁNEA

Este período de apertura, que seguramente rebasará la fecha del año 2000, un período sin hegemonías internas en el Magreb y sin dependencias de potencias exteriores no excluye la posible irrupción de algunas inestabilidades en estas cuatro cuestiones:

1. Conflictos sociales, que son los propios de las primeras fases de los procesos de industrialización.
2. Tensiones agrarias creadas por las previsible etapas de escasez en artículos de primera necesidad.

3. Polémicas culturales, que estarán en función de las exigencias de los sectores que llamamos fundamentalistas.

4. Luchas políticas en el seno de la estructura o élite del poder.

Ahora bien, este panorama previsible no nos conduce directamente a una ruptura de la estabilidad que, a su vez, sea capaz de alterar el equilibrio del sistema de relaciones internacionales. Ya no pueden formularse hipótesis de conflictividad fomentadas por los países del entorno del caducado Pacto de Varsovia. El despliegue de las fuerzas antaño atentas a la confrontación Este-Oeste está hoy más alejado que nunca del *Gran Magreb*. Puede añadirse a esta apreciación que lo que queda más cerca de este espacio es el poder disuasor de los miembros de la Alianza Atlántica ante cualquier hipótesis de generalización de un conflicto.

Las perspectivas de pérdida súbita de la estabilidad en la región ocupada por los cinco países del *Gran Magreb* guardan, más bien, relación con otros tipos de problemas a los que se tiene acceso desde criterios de perspectiva esencialmente demográfica. La investigación, de momento, se sigue apoyando en una discutible hipótesis que se debe a los expertos europeos en la ciencia que llamamos *polemología* o *sociología de las guerras*.

Los estudios, basados en la hipótesis de que la conflictividad que apela a las armas está en proporción directa al volumen de población joven que no encuentra puesto de trabajo, subrayan estos datos demográficos para el *Gran Magreb*:

a) La evolución de las cifras absolutas de población entre los años centrales del siglo XIX y el primer cuarto de siglo XXI será netamente ascendente.

b) Las diferencias netas en este crecimiento dentro de los cinco países magrebíes se crearán a favor de Marruecos, e inmediatamente de Argelia, ambos por encima de los 50 millones de habitantes en unos 20 años.

c) La fuerte presencia de jóvenes menores de 25 años en las pirámides de edades, precisamente, se localizará en lo que hemos llamado el Magreb central.

Probablemente, dentro de 20 años, Turquía, Argelia y Marruecos juntos tendrán más habitantes que la suma de Italia, Francia y España, un fenómeno inédito en los tiempos modernos. Los países europeos del área mediterránea envejecen deprisa; pero los africanos envejecen sólo un poco más rápido que los asiáticos de la misma área. Los tres países europeos citados quedan ya por debajo de todos los demás mediterráneos en población joven. Habrá, pues, con toda seguridad, una fuerte corriente emigratoria a través de los estrechos de Gibraltar y de Sicilia dirigida hacia el Norte.

Esta situación relativa nos obliga a italianos, franceses y españoles a seguir de cerca, con ánimo conciliador, todas las posibilidades de conflictividad que se localicen en el área mediterránea. Pero por razones ajenas o diferentes a las demográficas y a las económicas, —por razones estratégicas— nos parecen ahora evidentemente más probables las inestabilidades en el espacio que determinados teóricos llaman Oriente Medio, nos referimos a los teóricos vinculados a las dos superpotencias del endémico conflicto Este-Oeste.

Creemos que la atención de los organismos internacionales y que las cautelas del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas deberán, por un tiempo, aplicarse preferentemente a la estabilidad en torno al eje Norte-Sur que desde las aguas del mar Negro atraviesa por Suez el mar Rojo. Pero esta localización del centro o eje de gravedad de la violencia no puede servirnos a italianos, franceses y españoles para descuidar los comportamientos que conduzcan a la paz en el conjunto del *Gran Magreb* que sigue proyectado, con toda lógica, hacia el Mediterráneo, en sentido Sur-Norte por los ejes que pasan por Gibraltar y Sicilia.

La voluntad política de los españoles y su Gobierno, –y desde luego, la de las instituciones militares a él subordinadas– consiste en adoptar de manera permanente la línea de acción que favorezca el constante incremento de la estabilidad precisamente en el conjunto de la región mediterránea occidental y también en el interior de cada una de sus naciones: las europeas meridionales o las norteafricanas. La atención solícita en la evolución del bienestar en los cinco países del *Gran Magreb* resultará obligada, en bien de todos y nunca en beneficio de ningún tipo de influencia hegemónica.